

PERSONAJES.

LATCHOUMYAMA, vieja bayadera.

RANGASSAMY, vagabundo y músico de las ceremonias fúnebres.

ANNIAMA, machacadora de nelly (arroz con cáscara), hija de Moutamalle, trece años.

MOUTAMALLE, vendedora de callou (licor fermentado que se saca del cocotero).

SAVERINADEN, joven negociante de la casta de los commoutys.

EL BECHCAR, magistrado de policía.

EL FUNDIT-SAEB, juez.

Un brahma.—Mendigos y fakirs, mercaderes del bazar, pueblo.

PRIMERA PARTE.

(La escena pasa en la plaza grande del bazar de la aldea de Bahour.)

RANGASSAMY.—MOUTAMALLE.—EL BECHGAR.—LATCHOUMYAMA.—Vendedores de arack, de callou y de betel. Mendigos y fakirs.—Un brahma.

UNA VENDEDORA.—Sí, sí; queremos saber quién es el autor del escrito escandaloso que han fijado esta noche en una columna del bazar, y en el cual se arrastra por el lodo la reputación de la apreciable Moutamalle. ¿Habrás sido tú, Rangassamy? Veamos: se te acusa; defiéndete; ya te escuchamos. Y tú, Moutamalle, cógele por su chomin (pedazo de tela que se rodean á las caderas) para que no se te escape.

RANGASSAMY.—¿Qué me queréis, encantadoras comadres, vendedoras de moutai (dulces) y pescado salado, y á quienes no queda más que la lengua? Hablad. Yo soy quien toca la trompeta en las casas de los muertos. ¿Necesitais algún canto para vuestras cabezas de crépitas, vuestras cabelleras que no existen, y vuestros senos tan secos como una piel de garduña disecada?

LOS MENDIGOS Y FAKIRS.—¡Bravo, Rangassamy!

LAS VENDEDORAS.—¡Oh! ¡Cómo nos insulta ese tunante!

MOUTAMALLE.—¡Que Yama (juez de los infiernos) le confunda! Estoy segura que es él quien ha grabado sobre esta olla (hoja de palmera) todas esas infamias para

hacerme arrojar de la casta. Si mi hijo estuviese ahí, no tardarías en morir, Rangassamy.

RANGASSAMY.—Ya me enviarás tu hijo, Moutamalle, cuando encuentre á su padre, que tú nunca has podido señalarle.

EL PUEBLO.—Bien respondido, Rangassamy.

MOUTAMALLE (*llorando*).—¡Ayo, ayo, ayo! No vendrá nadie en mi auxilio. ¡Infame! Insulta el blanco pagne de las viudas. ¡Tunante! Mi marido se llamaba Ponnou-Rassendren. ¡Podría decir lo mismo tu madre, hijo de una bayadera?

RANGASSAMY.—Llora, Moutamalle, llora, y tu difunto creará que es de pesar por haber arrojado su cuerpo á los chacales, ántes que pagar los gastos de la hoguera.

MOUTAMALLE.—¡Bribon! ¡Tunante!

LAS VENDEDORAS.—Ven, Moutamalle, ven á la chaudière (tribunal) á presentar tu queja; nosotras te sostendremos.

(*Entra el bechcar.*)

EL BECHCAR.—¿Qué ruido es éste que viene á turbar las horas de la siesta?

LAS VENDEDORAS.—¡Justicia, señor bechcar! Rangassamy amotina contra nosotros los pilletes del bazar.

MOUTAMALLE.—¡Justicia, señor bechcar! Rangassamy ha puesto aquí un escrito lleno de calumnias é imposturas.

EL BECHCAR.—Le creo capaz de hacerlo.

RANGASSAMY.—Estas viejas están locas y son unas embusteras. Preguntad, si no, á estas gentes.

EL PUEBLO.—Es verdad; están locas.

EL BECHCAR.—Callaos; nada os he preguntado.

EL PUEBLO.—¡Viva el señor bechcar!

RANGASSAMY.—Señor, pasaba por aquí para ir á una

ceremonia mortuoria, cuando estas mujeres me han detenido, injuriándome y amenazándome con pegarme.

MOUTAMALLE.—No le escucheis, señor. Miente descaradamente.

EL BECHCAR.—Bien. Veamos ahora el escrito. (*Se aproxima á la columna y lee.*)

«En el nombre del justo Yama, que todo lo ve. ¡Que mi alma renazca en el cuerpo de un animal inmundo, que me pongan en el rango de los vampiros y de los pisatchas, si esto no es verdad!

»Escuchad, habitantes de Bahour, brahmas, souldras, vannias y bohís, y vosotros cuyas viviendas están situadas en la calle de los commoutys.

»La vieja Moutamalle, no pudiendo hacer por la noche las estaciones bajo las ramas de los cocoteros (cita de las prostitutas de la India), acaba de entrar en la honrosa clase de las alcahuetas.

»En su casa se encuentran á todas horas del día y de la noche hermosas jóvenes de ojos dulces y lánguidos, de cuerpo bien untado de azafrán, y de boca tan perfumada como el fruto suave del tamarindo.

»Su callou está siempre fresco, y sus pastillas de pimienta y jengibre predisponen maravillosamente al amor.

»Todos los que quieran jóvenes vírgenes, sabrosas y delicadas como una flor de lotus que se abre á las primeras caricias del sol levante; todos los que deseen mujeres cuyo cuello esté adornado del taly (collar de las mujeres casadas); todos los que tengan que hacer dulces proposiciones á las bayaderas de la pagoda, que se dirijan á Moutamalle.

»Dentro de ocho días empezarán las ceremonias de la edad núbil de su hija, y al día siguiente ya se la podrá comprar.

«El mercado está abierto. Atencion, brahmas gordifiones y holgazanes. Atencion, commoutys viciosos, que no sabeis qué hacer de vuestras rupias... Idlas á colocar en casa de Moutamalle.»

¡Esto es grave!

MOUTAMALLE.—¡Ayo, ayo, Samy! ¡Ay, ay, Dios mío! ¿En dónde encontraré marido ahora, marido para mi tierna Anniamá?

EL BEHCAR.—Insultas en este escrito á los brahmas y á los commoutys.

RANGASSAMY.—Yo no sé escribir.

EL BEHCAR.—Te conozco: sólo tú eres capaz de hacer semejante cosa.

MOUTAMALLE.—Señor behear, libradnos de este audaz tunante, metedle en la cárcel.

LAS VENDEDORAS.—Escuchad, señor, los ruegos de Moutamalle.

EL PUEBLO.—¡Silencio, viejas! Si Rangassamy ha escrito eso, no ha dicho más que la verdad.

EL BEHCAR.—¡Callad os digo! Voy á contar lo ocurrido al thasildar, que lo dirá al paleagar y éste al nainard, y luego este último tomará órdenes del pundit-saeb, que hará lo que sea justo. Y ten cuidado, Rangassamy; hace mucho tiempo que le buscas, y le vas á encontrar.

(*El behear se va.*)

EL PUEBLO.—¡Viva el señor behear! (*El pueblo le sigue.*)

MOUTAMALLE.—¿Quién nos vengará á mí y á mi pobre Anniamá?

LAS VENDEDORAS.—Ven, Moutamalle; ya encontraremos un couli que por algunos cáches (moneda menuda) haga callar á ese tunante.

(*Salen.*)

RANGASSAMY.—Idos, viejas brujas, y no os presentéis jamás en mi camino, pues os rompería mi trompa en la cabeza. (*Contando por los dedos.*) Del behear al thasildar, del thasildar al paleagar, del paleagar al nainard, del nainard al pundit-saeb, el negocio puede perderse en el camino; tonto seré en apurarme.

(*El behear vuelve á entrar.*)

EL BEHCAR.—Siento tenerte que meter en thana, pobre Rangassamy. Dame veinte rupias, y me encargo de imponer silencio á esas habiadoras.

RANGASSAMY.—Yo soy inocente; sin embargo, para evitar... Veinte rupias es mucho dinero. ¿No podríais disminuir vuestras pretensiones?

EL BEHCAR.—¡Ah! ¿Con que regateas?... Adios, Rangassamy.

(*Sale.*)

RANGASSAMY (*solo*).—¡Bah, bah! Saverinaden es más poderoso que tú, y como yo trabajo en interes suyo, él tendrá cuidado de imponerte silencio. ¡Qué furiosas estaban estas brujas! Por poco no empiezo á puntapiés con ellas.

(*Vuelve á entrar el behear.*)

EL BEHCAR.—¡Vamos! Sean diez rupias; despáchate, y cuidado con decir una palabra.

RANGASSAMY.—He reflexionado, y no quiero daros más que cinco rupias. ¿Os conviene? ¿Por qué he de pagar por los demas?

EL BEHCAR.—El tunante se burla de mí.

RANGASSAMY.—Es cuanto poseo.

EL BEHCAR.—¿De veras?

RANGASSAMY.—¿Lo juro por mi padre?

EL BEHCAR.—¿Quién es tu padre? Eres hijo del amor.

RANGASSAMY.—Pues bien, por mi madre.

EL BEHCAR.—Tu madre era una bayadera.

RANGASSAMY.—¿Por quién quereis que jure?

EL BEHCAR.—Dame primero el dinero, y luego jurarás por quien quieras.

RANGASSAMY.—Tengo que irlo á buscar á la pagoda.

EL BEHCAR.—Basta; me voy ahora mismo á casa del thasildar. (*Sale.*)

RANGASSAMY (*solo*).—Si hubiera querido, me libro por seis caches. Pero ¿por qué Latchoumyama me hace esperar tanto tiempo? Sin embargo, éste es el sitio de la cita.

(*Se sienta al pie de un árbol y canta.*)

En las orillas del lago Oussoudou, bajo las palmeras y los flamboyants de flor roja, está la cabaña de mi bien amada; por las noches cuando el lago duerme reflejando sus aguas en las estrellas, me deslizo por la yerba como la serpiente bejuco, para oír sus suspiros, más dulces que el viento de la noche, más perfumados que el divino licor de Vischnou.

Mi bien amada es virgen y pura, y los devas celosos retardan la época de mi dicha.

(*Entra Latchoumyama, la Devadassy.*)

LATCHOUMYAMA.—¿Cantas, Rangassamy? ¿De ese modo piensas ganar las cincuenta pagodas (monedas de oro) que el rico commouty Saverinaden nos ha prometido?

RANGASSAMY.—He estado con Anniamia toda la noche pasada, y en vano he hecho brillar á sus ojos las joyas más ricas, los pagnes más suntuosos; no quiere ver nada.

LATCHOUMYAMA.—¿Pues qué quiere?

RANGASSAMY.—Mañana se cambian entre ella y el portador de palanquín Souprayen el betel, el agua y el cousa (los esponsales).

LATCHOUMYAMA.—¿Ama á ese viejo borracho?

RANGASSAMY.—No, pero quiere llevar el taly.

LATCHOUMYAMA.—¿Y la has hecho caso? Ya no eres el hábil proveedor de los mercaderes y de los brahmas.

RANGASSAMY.—¿Y quién te dice que no lo vamos á conseguir? Mira el pasquin que he puesto esta noche en esa columna.

LATCHOUMYAMA (*después de haber leído*).—Es un golpe maestro y tienen ya de qué hablar por ocho días las gentes del bazar. La reputación de Moutamalle y de su hija es cosa perdida, y Souprayen no querrá ya á Anniamia.

RANGASSAMY.—Sí, pero tengo encima al bechcar. Me ha pedido veinte rupias por callarse, he regateado, y habíamos quedado en cinco; pero no he querido dárselas, y me he reído de él.

LATCHOUMYAMA.—Si das parte á Saverinaden, te salvará; pero has hecho mal en no dárselas.

RANGASSAMY.—No las tenía.

LATCHOUMYAMA.—¿Y lo que te di ayer?

RANGASSAMY.—No me quedan más que ocho caches para mi arroz y mi carry de esta noche.

LATCHOUMYAMA.—Nunca tendrás sobre qué caerte muerto; te gusta demasiado el arack (aguardiente) y las bellas muchachas de la plaza de Odiau-Sallé.

RANGASSAMY.—Vámonos á buscar á Saverinaden. Su arca es inagotable, y puesto que arriesgamos por él la thana, justo es que pague.

LATCHOUMYAMA.—Bien; pero ahora me vas á dejar obrar á mi sola, pues la joven desconfiará ya de tí.

Yo me encargo, gracias á tu audaz pasquin, de rebelar contra ella á toda la casta de Moutamalle, de disgustar á Souprayen y de llevar á Anniamia á los brazos del commouty.

UN BRAHMA SANNYASSI (*pasando*).—¿Quién quiere agua sagrada del Ganges para hacer sus abluciones y lavar sus manchas, á seis caches la copa?

RANGASSAMY.—Llevaos esa farsa á las mujeres y á los tontos, ¡holgazan!

SEGUNDA PARTE.

(La escena pasa bajo la verandah de la casa de Moutamalle, en una calle de Bahour.)

ANNIAMA.—LATCHOUMYAMA.—MOUTAMALLE.—VECINAS.

ANNIAMA (*machacando el grano sobre la piedra del carry*).—He soñado esta noche que iba á la fiesta de Tircangi, vestida con un pagne tejido de oro y seda; el haoudah en que iba encerrada lo llevaba un elefante blanco.

Brahmas, fakirs, mendigos y soudras se prosternaban en el polvo como ante el rajah de Travencor... ¿Qué quieren decir estos presagios?

¡Ah! Este pájaro que revolotea sobre mi cabeza, es el pájaro querido de Covinda (uno de los nombres de Vischnou), el que llevaba sus dulces quejas de amor á la divina Devanaguy... ¿Vienes, tierno mensajero de plumaje oscuro, á anunciarme una feliz noticia ó un porvenir de peligros?

¡Oh, Dios mío! Un milano pária se le atraviesa en su vuelo... Me mira. Pronto, conjuremos su siniestra presencia.

(*Arroja una bolita de arroz untada de aceite de coco.*)

Ya se ha ido... Tiemblo. ¿Es de alegría ó de temor?

(*Entra Latchoumyama.*)

LATCHOUMYAMA.—Destierra el temor y regocíjate, hermosa Anniama.

ANNIAMA.—Me has asustado.